

Los caminos a Roma

Fernando Vallejo



Todos los caminos llevan a Roma. Así ha sido siempre y así siempre será. Por algo es la capital del Imperio. Quien vive en Medellín o Envigado está fregado: vive en la periferia. Por eso mi viaje a la ciudad eterna.

Reseñas:

«Una voz cuyas disonancias deslumbrantes nos recuerdan las imprecaciones de los Cantos de Maldoror.»

Claude Michel Cluny, *Le Figaro Littéraire*

«Una prosa furibunda, imprecatoria, apocalíptica, cuya desesperanza deja entrever una profunda ternura.»

Judith Steiner, *Les Inrockuptibles*

«Si nos atenemos a su lenguaje, Vallejo es un auténtico mago y por lo tanto magistral en un tiempo de devaluación o de utilización zarrapastrosa de la lengua castellana.»

Miguel Sánchez Ostiz, *ABC*

«Una especie de Céline sudamericano surge de repente y toma la palabra con una rabia que explota como un petardo en las apacibles butacas donde dormitan cómodamente las ex-vedettes del boom.»

Jacques Fressard, *La quinzaine littéraire*

«Una de las grandes revelaciones llegadas de la América del Sur. Lírico, imprevisible, trágico e hilarante, lanza sus anatemas sobre un mundo que va de cabezas.»

Christophe Mercier, *Le Point*

«Su ira explosiva es tan brillante, tan sonora, real, sincera, divertida a veces, cruel casi siempre, que su lectura es algo gozoso y tonificante.»

Pedro Almodóvar, *clubcultura.com*

Amigo, todos los caminos llevan a Roma. Así ha sido siempre y así siempre será. Por algo es la capital del Imperio. Quien vive en Biblos, en Treveris, en Hispania, Lusitania, Germania, en Medellín o Envigado está fregado: vive en la periferia. Y yo nací para brillar en el mero centro, el centro mismo de la estrella de donde irradian los infinitos rayos a alumbrar, compasivos, la barriada. Por ello mi viaje a la ciudad eterna.

No llegué, sin embargo, en el carro de la guerra, cónsul yo, Caius Marius victorioso, vencedor de cimbrós y teutones que vuelve del Piamonte con su alada legión y en el puño el águila de plata. Ni llegué por el viejo Tíber desde el mar Tirreno en tirreme, en alegre barcaza impulsada por cien remeros egipcios (que me dio mi amante Cleopatra) y el viento de la fama. Hierático yo mientras corta mi quilla, mi proa las ondas... No, así tampoco. Ni por la Via Appia bajo un arco de triunfo digamos, doble o sencillo, entre cobre, bronce, hierro, chispas, brillos, látigos de auriga, trompeteros, cascos de caballos y seis mil de los hombres de Espartaco adornándome el camino a lado y lado, crucificados. O como teas encendidos en la noche crepitante seis mil cristianos. No, qué va. Ni entré por la muralla Aurelia, por la Porta Pia, caballero cruzado con cota de malla de vuelta de Jerusalén en mula cansada, o mejor en brioso corcel sobre Oriente y Occidente, la Edad antigua y la moderna, a caballo de la Historia. No. Ni por la Via Aurelia, ni por la Via Salaria, ni por la Via Tuscolana, ni por la Porta Latina, ni por la Portese, ni por la del Santo Espíritu de donde parten esas anchas, largas, grandes, famosas calzadas empedradas de eternidades a llevar de tumbo en tumbo, de siglo en siglo, en el carro celta la paz latina, la voluntad de César, la gloria del Imperio, hacia allá, más allá, el remoto más allá, rumbo al sol meridional o rumbo al tope del septentrión, la bruma del fin del mundo vaya, la última Tule. No. Ni por esas rutas llegué ni por esas puertas entré. Llegué en un mísero avión de Alitalia que aterrizó, sin contra-

tiempos, en el aeropuerto de Fiumicino. El cónsul de Colombia, Gonzalo Bula, vino con su ancha sonrisa a recibirme:

—¿Y por qué te dio por venirte a estudiar cine? —me preguntó.

—Hombre —le contesté—, porque la literatura al lado de la imagen vale un carajo.

Y por mis ojos de beneplácito, complacientes, el íntimo regocijo desbordándoseme del alma.

Había partido mi avión de bote en bote y ascendiendo, ascendiendo, dejando con apurado giro atrás, abajo, la ciudad, basurero de calles y edificios, nos fuimos rumbo al mar, el mar abierto, el futuro, por la tarde reluciente. Pequeño, pequeñito entre borrones, azoteas, techos bermejos, en una confusión de pequeñeces se quedaba el Arlequín, templo antiguo y venerable, teatro de mis pasadas hazañas.

Pero mira en torno Gulliver sobrevolando a Liliput, el país de los enanos, y qué veo: me veo en la gran nave del avión entre dos fuegos: en el asiento del pasillo él y en el de la ventanilla ella y yo en el medio. Él, un español de cara afilada, demacrada, entre galeote hambriado y Cristo del Greco; y ella de los Santanderes o qué sé yo, y de unos veinticinco años en los que había preservado, según deduje, lo que a continuación, según veremos, religiosamente iba a perder, en el mismísimo avión, en pleno vuelo, no bien cruzáramos aquella nubecita y saliéramos de Colombia la chismosa: la virginidad, hombre.

No se conocían el español y mi paisana pero al punto se conocieron, y haciendo caso omiso de mi tímida y espiritual presencia entablaron animado diálogo. Que cómo te llamas, que adónde vas, que a qué vas, que de dónde eres. Y tú ídem, ídem, ídem. Y yo enterándome, apretándome, estrechándome para no existir, testigo mudo. Iba la bolita de la conversación de un lado al otro presurosa sobre su servidor, valla en la mesa de ping-pong.

Cuando me ausenté al baño y regresé los encontré abrazados, y yo relegado al puesto del pasillo. Mejor: se hundió el avión en una nube negra y yo en mis pensamientos. Ay abuelo, abuela, calle de Junín, Medellín mío, ¿cuándo os volveré a ver? Ni bien los acababa de dejar y ya los estaba añorando. Colombia la insidiosa no se quedaba atrás, como polizón aventurero colado en el equipaje se venía conmigo, en mi baúl de seminarista, mi gran baúl claveteado, tachonado de estoperoles, o en un saquito de café o en una botellita de aguardiente, agazapada para saltar en el más impensado momento desde cualquier rinconcito del alma. Y el impensado momento llegó, fue el primero, al partir. Me trajo un whisky la azafata, me lo tomé, y pedí otro y otro y otro. Carajo, estoy jodido, jamás me libraré de esta tierra.

Dejadas la colcha verde de retazos de la sabana, las difusas montañas, las islas de piratas, naufragó el crepúsculo en el mar y nos embarcamos en la espaciosa noche. Ya me traían el último whisky porque iban a servir la cena cuando sin avisar, como niño loco que se lanza por un tobogán se precipitó el avión en el vacío. ¡Uuuuuuh! Sobre mi mesa plegadiza la copa de whisky se volcó, dimos un culetazo contra una nube y volvimos a subir para volver a caer y subir y caer, cabalgando la montaña rusa. Se abrían portaequipajes, caían bolsas, caían maletas, caían botellas, gritaban niños, rezaban viejas, y entre lloros, gritos, rezos, letreos encendidos, apremiantes, palideces, histerias, al fin, por fin, surgimos del hueco negro de vértigos contrarios. ¡Y que nos recibe la tempestad!

—¡Ahora me toca a mí, van a ver!

Y a sacudir con sus manos de gigante, rabiosa, la navicilla. Bueno, siempre pensé que iba a morir en Colombia, asesinado. Por lo visto no. Tiburones de barrigas plateadas se disputarían mi reloj de oro con despertador automático... Pues he ahí que a san Nicolás de Tolentino, un santo que sirve para traer mercados, se le ocurrió ensayar un nue-

vo tipo de milagro, y nos salvó, nos arrancó del cíclope, la tempestad de ojo tuerto, y el avión siguió avanzando, volando, zarandeado, vapuleado, con traqueteo horrisono, por el mar de nubes negras. Ahí y entonces, dulcemente, suavemente, dejándome llevar, como en mecido sueño, viví en mí la totalidad, el hombre efímero surcando el tiempo eterno, montada su soberbia en una pobre cometa de papel.

Cuando bajé de mis abstracciones al presente el par de tórtolos seguían a mi lado besándose, besuquiándose, absorbiéndose a picotazos frenéticos, y ya servían la cena: pollo al horno, humeante. Con la misma gratuidad con que se había desatado en tormenta había vuelto la noche a la calma. Y a darse pollo ardiendo en la boca los enamorados. ¡Carambas, no hay derecho, volar sobre los campos de la muerte para aterrizar en tan prosaica realidad! Se iba el amor gaznate abajo arrastrado por el pollo, atragantado, rodando a las barrigas.

Acabamos la cena, recogieron las vajillas, apagaron las luces, y la oscuridad de adentro se fundió con la oscuridad de afuera en un continuo, en una sola oscuridad rota tan sólo por el parpadeo de los foquitos de las alas. En cuanto a los enamorados, quitaron las separaciones de los tres asientos, y volviendo nuestros tres asientos cama, poquito a poco, con timidez primero, luego con confianza, se fueron extendiendo, explayando, apoyando sus cabezas rodantes sobre mis piernas, y frenética, incendiadamente se entregaron a lo suyo. Así pasé el resto de esa sacudida noche, sin poder dormir, divagando, pero ejerciendo de paso la máxima caridad del cristiano, que es servir de almohada.

En el avioncito de la imaginación, el más seguro, torno a hacer ahora ese vuelo ciego, sordo, callado, por entre las nubes fantasmales, y por un instante vuelvo a ser niño. Aquí arriba, la oscuridad volando en la oscuridad conmigo; allá abajo, una temible respiración, un vasto palpitar al acecho, el mar océano, hálito de eternidades, tumultuoso, resol-

viendo sus íntimas disputas de ola en ola. Tan-tan-tan-tan, iban los foquitos rojos de las alas parpadeando, advirtiéndole a la necia oscuridad que ahí iba yo. ¿Volábamos en el sentido en que rueda la tierra? ¿O más bien a la inversa, a contracorriente del reloj, de la vejez, del tiempo, rejuveneciéndonos? ¿Hacia dónde viajábamos? Por lo pronto hacia el alba. E irrumpió el alba contra los cristales empañados para descubrir con su luz cruda, indiscreta, la escena lamentable: un dormitorio volador de señoras ojeras, ajadas, despeinadas, descalzas, de maridos barbados, los nudos de las corbatas desajustados, los cinturones sueltos, al aire los ombligos con sus barrigas desvergonzadas. Y niños. Móviles niños con nueva cuerda para un día más, un día entero, correteando por el pasillo, abusando. Abusando de que ya murió el rey Herodes.

La ex virgen y su galán se quedaron en Madrid. Yo, con la boca seca de tanto amor, amor ajeno, cambié de avión y seguí hacia Roma.

Era, mi pare, una lunga strada di campagna fiancheggiata a tratti da alberi, pioppi mossi dal vento, umidi ancora della rugiada mattinata che inargentava l'erba. Una strada di campagna dici, nei pressi della città? Sei sicuro? E la rugiada mattinata come? Come, se sei arrivato a Fiumicino il pomeriggio, poichè la mattina eri all'aeroporto di Madrid? E quei pioppi mossi dal vento... Forse è il fremito interno dei tuoi ricordi che li muove, e nemmeno erano pioppi... Forse, forse, va bene, ma col rischio di diventare una statua di sale per volgermi indietro, salgo come quella volta col mio bagaglio sulla piccola macchina del console, e inebriato dalla corsa, l'aria fredda sul volto, i capelli sconvolti, tra il tumulto del cuore, torno a fare quel viaggio lontano, il percorso da Fiumicino alla città. I sentieri, le osterie, le vecchie pietre, tutto lo recupero, il ciglio erboso del canale, la campagna addolcita e le sue tenerezze ondulanti. La strada fila sotto le ruote, si dilegua, e dietro ai finestrini aperti, oltre gli anni e la vita trascorsa, fugge come allora il verde nuovo

d'un paesaggio luminoso. Qualcosa di dolce, di leggero pesava intorno, un'impressione tutta nuova per me, mai sentita eppure antica come gli uomini, come se tutto ricominciase da capo, la vita, il mondo, un senso di rinnovamento, l'annuncio d'uno splendore nuovo. La data? Il 21 marzo per l'appunto, che oggi trovo stampata sul mio vecchio passaporto, ed ecco la ragione del prodigio: libera, liberata, la terra usciva dall'inverno, dalla sua prigionia di ghiaccio. Una rondine non fa primavera. Ma due? Tre? Cento? Mille? Migliaia sotto il cielo lieve, azzurro... Tra una nuvola di rondini, ad una svolta di via, la primavera si univa a noi per arrivare insieme a me, giusta, puntuale, con le sue ebbrezze di fiori. Compagni di viaggio, di fine di viaggio, allo stesso passo, lei ed io, siamo andati incontro alla città, la più gentile, la più dolce, la più chiara, Roma, il mio amore.

Y luego un vértigo, un torbellino. Calles, puentes, fuentes, rampas, plazas, plazoletas, callejones, mausoleos, galerías, obeliscos, palacios, estatuas, cúpulas, pórticos, anfiteatros, escalinatas, terrazas, y por entre un bullicio enloquecido, un hormigueo de carritos zigzagueantes como animalitos rastreros, insectos, cucarachitas veloces de caparazones multicolores, rojas, verdes, azules, amarillas, frágiles, de latón, cajitas rodantes de mentolín.

—¿Qué son? ¿Cómo se llaman?

—Son los Fiat.

—¡Fiat lux!

Y cuando mis ojos devotos, deslumbrados, se llenaban de esa magnificencia arquitectónica, de ese fervor de piedra antigua y venerable, de esa embriaguez de mármoles, un perro alza la pata y orina contra una columnata espléndida. Pshhhhh...

A las cinco llegábamos a la Casa dello Studente en el Campo della Farnesina. Se despidió el cónsul, partió, y me quedé solo con mi destino. La hora que va de las cinco a la puesta del sol de ese veintiuno de marzo la puedo revivir

instante por instante pese a los años transcurridos. Dejé mi equipaje en mi cuarto y volví a salir, al exterior abierto, espléndido, lleno de la savia nueva de la primavera. Por el cielo plácido uccellini vanno in giro. Fanno la loro passeggiata vespertina. Empecé a caminar a lo largo del río, en el sentido en que bajan sus aguas impacientes, presurosas, atropellándose por llegar al mar. Su prisa contrastaba con mi paso calmado.

—A qué tantas carreras, hombre, para ir a dar adonde vamos todos, tarde o temprano, al mismo sitio.

Es que el Tíber venía de muy lejos, del Renacimiento, del medioevo, de la Edad antigua, de ahí su prisa. Los ríos mientras más avanzan más corren, menos se cansan. Yo no. Nací cansado.

Dejando el lungotevere desemboqué a una plaza: Piazza Mazzini. Y después de calles y calles, a otra: Piazza Cavour. En sus inmediaciones entré a una tienda y me compré un par de zapatos. Los que traía, nuevos, me los había dado mi padre para el viaje: duros y sólidos, con suela de asfalto, de pavimento, las botas de siete leguas, como si el viaje a Roma lo fuera a hacer por tierra, caminando, y no en avión volando, volando sobre el mar océano. Esos zapatos negros tenían la firme intención de durar eternamente, más que yo, y aún hoy los llevaría puestos de no haber tomado entonces una resolución heroica: los envolví en la bolsa de los que me acababa de comprar y acababa de poner, y caminando volví al río. En un puente, a mitad del puente, uno primero y después el otro los tiré al agua. Unos zapatos humanos, normales, se habrían ido como barquitos con el río rumbo al mar. No: se hundieron cual piedras de molino escandalosas o barras de acero. ¡Ponte Milvio! ¡Ponte Matteoti! ¡Ponte Cavour! Mi más vívida imagen de Roma son sus puentes, o mejor el río, el río mismo arrastrándose turbio, llamándome:

—¡Salta! ¡Ven a mí!

Aguas del Tíber que vienen hasta mí cruzando las edades a bañar mi corazón... Sobre el río y los puentes se puso el sol. Se acabó la carrera loca de los instantes, de los años, ahí, en una bola roja, el ocaso, el tramonto, la vida irremediadamente vivida, marchita, tramontata per sempre. Il primo giorno di nostro incontro... Roma, mi amor.

En mi pequeño cuarto (alargado y limpiísimo) un zancudo zumbaba, una zanzara. ¿No dizque los había exterminado Mussolini? Payaso maldito...

—Fuori! Va via!

Le abrí la ventana al zancudo para que saliera. Afuera la ciudad dormía. Me quise dormir marcando su compás, su mismo ritmo: me dormí arrullado por una marejada de imágenes que iban y volvían, en olas, en ondas.

—Buon giorno! Buon giorno! Dormito bene?

Era la recamarera que venía a despertarme: de delantal blanco y cofia, limpiísimos.

—Sa che ore sono? Le sette! Vada prendere la sua piccola colazione intanto faccio la stanza.

¡Las siete! ¡Dios mío! ¿Habrá alguien sobre la faz de este mundo que se levante tan temprano? La luz antes de las once tiene rayos infrarrojos.

—Lei non lo sa, signorina?

No, non lo sapeva. Y si no me levantaba rápido, presto, me quedaba sin desayuno. Yo desayuno no tomo: desayuno durmiendo, y almuerzo y ceno.

—Cioè, non ho bisogno di mangiare. L'amore e il sonno mi bastano. Dunque, mi lasci fare un sonetto, voglio dire, un sonnellino.

—No, non si può. Vada alla sala da pranzo. Vada, vada.

Me sacó de la cama en calzoncillos y me recostó contra la pared, como quien recuesta una escoba. La escoba se cayó, se derrumbó: me desplomé sobre el piso frío, helado.

—E dopo colazione —seguía diciendo la maldita—, un buon giretto per la città, per vedere.

—La città l'ho già vista, ieri, e non la voglio più vedere. Voglio dormire, ecco, dormire, dormire il sonno eterno.

Me hizo salir del cuarto semi en pelota y me tiró la ropa al pasillo.

—Il passaporto, signorina, il mio passaporto, per piacere! Mi lasci prenderlo. Senza di qua non sono nulla, niente, nessuno, non esisto!

Me dejó entrar por el pasaporte y me volvió a sacar dándome con la puerta en las narices. Jamás, jamás, pero jamás de los jamases había tenido tanto sueño, y yo que he tenido tanto. Era un sueño rabioso. Abriéndome los párpados con ambas manos me dirigí al comedor.

El comedor limpiísimo, un quirófano. Abarrotado de habitantes del planeta tierra y circunvecinos: de la Costa de Marfil, de Mozambique, de Madagascar, de Ghana, de las islas Fiji, amén de las naciones conocidas: negros, blancos y amarillos pero, cosa milagrosa, desafiando la Torre de Babel todos hablando italiano. Tutti quanti! Con acentos pintorescos, acepto, y contorsionismos sintácticos, pero italiano al fin. Cuánto se quisiera Italia la de afuera, la de múltiples naciones y dialectos, colcha de retazos que cosió a la buena de Dios Garibaldi, nuestra adecuación y armonía.

—Scusi.

—Prego.

Ese día amaneció la plaza de España florecida de flores y muchachos porque iba a conocerla. De flores y muchachos: golfos, chulos o marquetas o como los quiera usted llamar. Para mí, simplemente, muchachos. ¡Ragazzi! Y si se venden tanto mejor, son comprables, y prueba contundente, si no de la providencia de Dios, del glorioso poder del dinero. ¡Ragazzi! Entre las vanidosas flores de perfumes rojos, lilas, violetas, amarillos, azules, la más arrogante y efímera, la flor perversa de la juventud.

Abriéndose, cerrándose, prodigándose en rampas y terrazas, sube y baja alegremente la escalinata de la Trinità dei Monti con sus escalones gastados por el paso de la

gente y el peso de los años. Es una sucesión de rampas que se dividen, que se estrechan, que se ensanchan, exagerando con ese abrirse y partirse y cerrarse la impresión de altura, haciendo creer que es una escalera inmensa, magnificando el efecto. Simple engaño de la perspectiva. No es tan grande, no es tan alta. Con la gente a veces pasa igual. Lo que es es una escalera graciosa y burlona. Y muy famosa. Infinitas veces la habré de transitar, hacia arriba o hacia abajo, hacia el cielo o hacia el infierno mientras otros miran museos, iglesias, piedras viejas. La subida al cielo es más difícil; fácil la bajada al infierno: jala con la fuerza de la gravedad. Desemboco a la Trinità dei Monti de frente, por la Via dei Condotti que acaba en la barquita varada de la fontana della Barcaccia con sus soles y sus abejas. Abajo está la barquita, arriba el obelisco y la iglesia, en medio la escalera:

—Sube! Sale! Oggi sono così bella per te.

Dócil obedezco. Da scalino a scalino, de grada en grada voy subiendo, deteniéndome en las terrazas para recobrar el aliento. Respiro hondo y el alma se me ensancha, se me dilata como un globo enorme que tensa las amarras queriéndose ir. Aún no. A media subida se me ocurre una nueva Trinidad, la Santísima Trinidad de las tres eres, un nuevo Dios uno y trino: Roma, Rómulo y Remo. Y sigo subiendo hasta el último escalón, la última terraza, desde la cual se ve Roma. Al llegar me vuelvo pájaro y me voy volando, sobre los arcos, los foros, los puentes, las termas, sobre el Coliseo, el Capitolio, el Vaticano, hacia el horizonte que parte la tierra, por donde sale el sol de Cristo y se pone el sol de César.

Vuelo y vuelo hasta que el prodigio se disipa, y heme de nuevo abajo entre los hijos de Eva. Abajo, en un laberinto de callejones tortuosos por los que me llevan mis pasos ciegos, sin rumbo, al azar, a la aventura. De acera a acera, de balcón a balcón, tendidos de ropa secándose al sol, al débil sol convaleciente del invierno, o mejor al viento. So-

pla el viento y ondean las camisas, las medias, los pantalones, y prendas íntimas de hombre y de mujer: brassieres y calzoncillos, festivos como banderolas, libres de carne humana y pecadora, limpios de pecado mortal. Paso debajo y me moja el agua que escurre de ellos. El laberinto intrincado se resuelve en una plaza. Una plaza larga, estrecha, con tres fuentes que mojan también al que se les acerque.

—Non sai chi sono? Sono la piazza Navona, scemo, la più bella.

Es la plaza Navona, antiguo estadio de Domiciano cuya silueta alargada aún conserva. En ella hay un café famoso, el Tre Scalini. Miro a su terraza y qué veo: al mismísimo Sartre con Simone de Beauvoir. Él es un viejito chiquito, flaquito, de negro, austero, con gafitas redondas de carey. Ella una muñequita; eso, una muñequita pintarrajeada, con ropa antigua, que me recuerda justamente a La Muñeca: la loca más loca de Medellín, una vieja. Se me cruzó en mi infancia, un domingo, en el Bosque de la Independencia. Esa sola vez la vi y aún no la puedo olvidar. La vi, pasó, y sentí una inmensa conmiseración por ella. Pintada la cara de polvo y colorete, los labios de rouge, en la cabeza un sombrero de velo, negro y violeta, y pendientes, anillos, collares, enjorjados reflejos de cuentas de botella, y una ropa del tiempo de la abuela de mis abuelos pero limpia, pulcra, digna, severa, impecable, majestuosa. Majestuosa es la palabra. Así pasó ante mí por entre el populacho inmundo, entre sus burlas. El pueblo vil, ya saben, al que le hará su madre la revolución y que en tanto llenaba con su mugre crónica el parque público ese domingo. Tenía el parque un laguito, un cine y un bailadero. Por el laguito de aguas verdes, densas, patos y barquitas de remo se impulsaban dejando sus estelas. De la mano de mi padre entré al cine. La salita, pequeña, abarrotada, palpitaba con la tibieza de las iglesias en misa de madrugada, si bien era el atardecer. Tal vez por causa de esa primera impresión para mí todo cine es un templo. Pero uno que embriaga no con incienso ni

con latines de coro y presbiterio, sino con luces y sombras que pugnan en la oscuridad. Retumbó un cañonazo atronador y el templo se volvió barco: una nave pirata al abordaje. Y ahí voy yo, el Corsario Negro, parche negro en un ojo y el otro echando chispas iracundas de colores, al abordaje con mi cimitarra de mango incrustado de rubíes y esmeraldas. Tas-tas-tas-tas... Son las espadas, el entrechocar de espadas. Tumbo uno aquí, tumbo otro allá, el que se me atraviesa muere, salto a la goleta inglesa y por entre arboladuras, jarcias, mástiles, volando en una cuerda, aterrizo en la cabina del capitán y lo hago prisionero. El humo de los mosquetes se salía de la pantalla y se mezclaba en la sala con el de los cigarrillos Pielroja. Nunca, nunca, nunca he sido más feliz que en medio de esa humareda y de esa matazón. De cuando en cuando, por entre el fragor de los cañones, llegaban de afuera, del bailadero, compases de un porro o de un paseadito, jirones de la prosaica realidad: negros y negras meneando las caderas.

Esa tarde de domingo, en esa salita abarrotada, al abordaje en un entrechocar de sables, así y ahí y entonces nació mi amor al cine. Por eso ahora estoy aquí, en Roma, en la plaza Navona, en el Tre Scalini, a un paso del mismísimo Sartre. Si tiendo la mano lo toco y entonces como Santo Tomás creo. Creo en la existencia de Dios. Ya iba a decirle a Sartre que no compartía su tesis del compromiso, que el único compromiso que yo aceptaba era el del hombre consigo mismo, que la única verdad era la mía, la de un egoísmo feroz, cuando pasó un muchacho panadero, blanco de harina, con una canasta de panes. ¿Y éste de dónde salió? De un lienzo de Botticelli, con el pelo ensortijado coronando la belleza. Mis ojos se fueron tras él y tras mis ojos mis pasos, a conocer a Roma, y a Sartre no lo volví a ver y años después murió, hasta el cuello en su mentira.

Pero visiones de éstas en Roma eran la cotidianidad: por doquiera, en cada esquina, a cada vuelta de la esquina, presencias del largo pasado. Adolescentes que esculpió